

IIP

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES PSICOLOGICAS

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

FACULTAD CIENCIAS Y LETRAS

SALUD MENTAL Y CONTEXTO FAMILIAR

Gonzalo Adis Castro

Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio"
1973

Salud Mental y Contexto Familiar*

Gonzalo Adis Castro**

Cuando se piensa en la salud mental del individuo, se piensa en la forma en que el individuo se ajusta a su mundo, en la forma en que el individuo se relaciona consigo mismo y con los demás, en la manera particular de resolver sus problemas cotidianos. Más aun, también tenemos en mente si es efectiva y positiva esta relación y si permite derivar un máximo de satisfacción personal para ambas partes. Pensar en salud mental, es decir, pensar en la forma en que el individuo se relaciona con otros y en la forma en que se enfrenta a sus tareas cotidianas, nos lleva necesariamente a pensar en su familia, es decir, en el contexto interpersonal en el que ha nacido y crecido, así como en su propio momento histórico. Esto así porque el núcleo familiar, el contexto interpersonal que este representa, sirve de modelo en su aprendizaje para llegar a ser él mismo, en su manera de relacionarse consigo mismo y con los demás, dándole un sentido de continuidad entre su pasado, su presente y su futuro.

* La presente conferencia fue preparada para su presentación en el XX Congreso Médico Nacional y IX Congreso de Salud Pública de El Salvador, del 6 al 11 de noviembre, 1972.

** Director, Instituto de Investigaciones Psicológicas, Facultad de Ciencias y Letras; Catedrático, Cátedra de Psiquiatría, Facultad de Medicina; Jefe, Departamento de Psicología, Hospital Psiquiátrico - Chapuí.

En su interacción con las diferentes personas que constituyen su contexto interpersonal, el individuo también ejerce influencia sobre los demás, los afecta en algún sentido. Todos en la familia, todos y cada uno de los miembros, trabajan y contribuyen al ambiente familiar. La naturaleza de su interacción determinará las características del ambiente: sano, positivo, que proporciona salud mental de sus miembros o por el contrario, negativo, si como resultado de su manera de relacionarse se crea un ambiente que no permite un crecimiento sano y positivo, que impide el sano desarrollo de la persona.

Es en este contexto donde el individuo recibe una guía, una pauta, de cómo él ha de aprender a relacionarse consigo mismo y con los demás. Algunas veces esta guía será clara, abierta, explícita, y el individuo sabrá claramente qué se espera de él. Sin embargo lo usual es que esta guía aparezca en forma encubierta, sutil, y aun contradictoria. No se muestra claramente entonces, qué se espera de él o que puede esperar él de los demás. Cuando esto ocurre, los premios y los castigos, y las contradicciones son tan sutiles que tanto al individuo como a los restantes miembros de la familia les resulta difícil, o casi imposible, señalar la guía de conducta. Ejemplificar la situación se hace aún más compleja cuando se observa que no es permitido hacer comentarios al respecto o señalar la forma particular de relacionarse o de comunicarse porque la relación o la comunicación es negada, y justificada, por el supuesto buen deseo o intención que anima a las personas. Así, se observa

a menudo que ciertas conductas positivas o apropiadas parecieran ser inadvertidas, o ignoradas, porque se consideran conductas regulares, corrientes del individuo y no hay razón, entonces, para celebrarla, para darle atención o aprobación expresa, o, en fin, para premiarla. Este dejar pasar inadvertidas estas conductas, o este ignorarlas, viene a ser en efecto un castigo que se expresa en la falta de atención, de interés, de estímulo. En cambio, se dedica todo el interés, toda la preocupación, toda la atención a aquellas conductas consideradas como inapropiadas, **inconvenientes o inaceptables**. Pero tanta atención, aún expresada en forma de castigos, se puede convertir en un premio, en un hacerle sentir a la persona que con esta conducta él puede convertirse en el centro de atención y de interés de los otros miembros de la familia. Tal vez conviene referirnos aquí a un ejemplo concreto. Piensen ustedes, es decir, pensemos todos, por un momento en la forma en que nos relacionamos en nuestros propios hogares. Posiblemente, por lo menos algunos, podremos recordar cómo nos comportamos si uno de nuestros chicos --no importa la edad-- está callado, dedicado a sus tareas escolares, o bien, si está jugando tranquilamente, sin interrumpir a nadie. Si observamos nuestra conducta en tales momentos posiblemente encontremos que, con más frecuencia de la que nos gustaría reconocer, raramente nos acercamos al niño, o al joven, para premiarlo con una palabra de halago, para felicitarlo por lo bien que trabaja y hace sus tareas, o por lo bien que sabe jugar y entretenerse solo. Es muy probable que nos guste y nos agrade verlo actuando así. Pero, ¿con cuánta frecuencia dejamos de hacer algo que estamos haciendo para premiar-

lo con unos cuantos minutos de nuestra atención y reconocerles su esfuerzo para funcionar independientemente? Probablemente no todos lo hacemos con la misma frecuencia, ni con mucha frecuencia, y habrá algunos que lo hacen muy rara vez. Pues este ignorar su conducta, este aprovecharnos de su buen comportamiento para seguir nosotros con nuestras cosas, se convierte, o podría convertirse, en un castigo, puesto que el niño, o el joven, podría sentir que esta falta de atención significa que a nadie le interesa que el sepa, o pueda, o quiera comportarse apropiadamente, constructivamente. Tratemos de recordar ahora cómo reaccionamos cuando el niño, o el joven, rehusan cumplir con sus tareas, sean escolares o de otra naturaleza, o bien, juega en una forma en que interrumpe a todos en la casa, o en la escuela, por ejemplo. ¿Qué sucede entonces? Estoy seguro de que cada uno tiene una respuesta. Sea cual sea esta, es probable que nuestra reacción refleje el hecho de que unas veces nos enojamos, otras tratamos de persuadirlos, de buena manera al principio, para terminar castigándolos o haciéndoles sentir nuestra desesperación. Más aun, su mala conducta la comentamos con otros miembros de la familia o con amigos. Si observamos cuidadosamente esta conducta, tenemos que concluir que lo que hacemos es darle mucha, pero mucha **atención**, y hacerlo sentir que esa es la forma en que él, el niño o el joven, puede obligarnos a darle atención.

Es por todo esto que he considerado oportuno referirme hoy, al hablar de salud mental en relación con el contexto familiar, a la comunicación fa

miliar, particularmente en lo que se refiere a la relación entre padres e hijos adolescentes. Al hacerlo, voy a referirme principalmente a una conferencia que ofrecí recientemente sobre este tema.

El tema "relación padre-hijo y comunicación familiar", ha cobrado recientemente gran importancia. Es evidente que este tema no es nuevo, ya otros adultos, también padres de familia, han expresado de igual o de diferente manera, interés y preocupación por el mismo. El problema se plantea cuando los jóvenes de todos los tiempos, en ese período de transición llamado adolescencia, tratan de dejar de ser los niños que han sido para convertirse en los adultos que habrán de ser. Su esfuerzo en este sentido se traduce --en mayor o menor grado de acuerdo al individuo-- en un rechazar o rebelarse frente al mundo de los adultos. Y este rechazo o rebeldía, que con frecuencia el joven, y aún muchos adultos confunden con independencia y autoafirmación, se expresa en lo que dicen, en sus gustos y diversiones, en su música, en su manera de vestir, en su manera de arreglarse, y aún en lo largo o lo corto de su pelo y en la forma de peinarlo. Suele expresarse también en la solicitud de aprobación y aceptación pública tanto para su manera de vestir como para su actitud hacia el sexo y las drogas. Toda su conducta, su manera de comportarse, su forma de decir y hacer las cosas, nos dice cómo los adolescentes se esfuerzan

* Adis C. Gonzalo, "Relación padre-hijo y comunicación familiar". Revista de la Universidad de Costa Rica N° 32, 1971.

por ser ellos mismos, con sus propios criterios y su propia manera de ser y de comprender su mundo, -el mundo que ellos mismos habrán de manejar como adultos-.

El hablar de este tema, el tratar de comprender qué sucede, el preguntarnos qué debemos hacer, está de hecho diciendo que hemos percibido la protesta de los jóvenes; que hemos recibido su mensaje, por así decirlo, de inconformidad y de desacuerdo con nuestras normas y valores; de desaprobación de nuestra manera de decir y hacer las cosas, de nuestra manera de comportarnos. Como es evidente, los adultos reaccionamos ante esta protesta, y esta reacción tiene diferentes significados. Uno de ellos es una sincera preocupación por comprender al joven en su protesta, por ayudarlo y darle apoyo y seguridad y servirle de guía en su esfuerzo por aprender a ser él mismo. Otros significados reflejan el resentimiento del adulto ante la crítica del adolescente, ante el sentimiento de que sus valores y preferencias y su manera de comportarse no son aceptados por el joven. Más aún, otros significados ponen de manifiesto la existencia de sentimientos de culpa y de confusión. Así, la reacción del adulto puede reflejar la existencia de sentimientos de culpa al temer que los problemas del adolescente reflejen sus propios problemas; se pregunta entonces si ha hecho bien o suficiente, si lo ha educado bien, o si le ha hecho daño. La reacción del adulto también puede poner de manifiesto sentimientos de envidia por su juventud que se ha ido o por no poder expresarse o comportarse en la misma forma en

que lo hace el adolescente. Esta reacción revela que el adulto ha olvidado que también fue joven y que en su oportunidad también expresó rebeldía. Es esta, como fácilmente se observa, una protesta contra el joven y su conducta.

Es de interés señalar que la conducta del joven y la del adulto, como acción o reacción según la perspectiva de cada uno, reflejan a su vez algo así como una lucha por ver quien controla la situación, por ver quién decide cómo ha de ser este mundo, cómo ha de comportarse cada uno, qué es importante y qué no lo es, qué debe respetarse y qué no debe respetarse, en definitiva, cómo ha de ser, o cómo debe ser uno mismo.

La conducta de ambos, jóvenes y adultos, no sólo pone de manifiesto esta lucha por ganar el control de la situación, sino que también obliga, cuando menos a uno de ellos, a darle atención al otro. Para el caso presente, en el grado en que la conducta del adolescente haya estado dirigida a conseguir la atención de sus adultos, es evidente que lo ha conseguido, y esto en sí es importante, ya que un elemento fundamental de la relación padre-hijo y de la comunicación familiar, es el grado en que padres e hijos se prestan verdadera atención. De otra forma es difícil una relación satisfactoria y una comunicación eficiente. En los hogares en que existen jóvenes problema, es característico encontrar, más evidente en unos casos que en otros, una relación superficial, que se refleja en una falta de atención y afecto genuinos, y en la manera parti-

cularmente deficiente de comunicarse los diferentes miembros de la familia, y que facilita, a la vez que resulta de, la superficialidad de esta relación. En este sentido estoy seguro que muchos, si no todos, hemos conocido, o conocemos, hogares en que existen jóvenes problema. Muchos de nosotros hemos observado la relación de los padres y estos jóvenes que llamamos problema. Muy corrientemente la relación es confusa y contradictoria. A ratos se acercan para pedirse o exigirse cosas, o comportamientos, o para reprocharse mutuamente; y a ratos se separan para evitar enfrentarse a esas exigencias o demandas, o para evitar reproches. Algunas veces se acercan para hacerse promesas que son, con frecuencia, olvidadas rápidamente. Rara vez, sin embargo, se acercan para compartir sencillamente, para expresarse sentimientos o aclarar amistosamente sus propios desacuerdos, respetándose mutuamente en sus diferencias. De ahí, entonces, que su relación sea superficial, y determina un contacto que no conlleve la aceptación de exigencias, o el hacer promesas, o soportar reproches, o mencionar desacuerdos.

En la misma forma en que la juventud reacciona con crítica y rechazo a la crisis social de nuestro mundo, reacciona el joven ante la crisis de su hogar. Cuando en su hogar percibe problemas y contradicciones, reacciona con problemas y contradicciones. Algunos de estos problemas y contradicciones en la relación padre-hijo y en la comunicación familiar son corrientemente de fácil identificación. Me refiero aquí a problemas y contradicciones tales como, por ejemplo, los que presentan padres que

por una parte dicen sentir afecto y sincera preocupación por sus hijos y a la vez se comportan con ellos en forma rechazante, abiertamente hostil o agresiva, o bien, cruel y excesivamente punitiva. Esta conducta y manera de relacionarse, pone de manifiesto la existencia de problemas y contradicciones en las relaciones padre-hijo y en la comunicación familiar. Estos problemas pueden ser identificados sin dificultad por cualquier observador, lo que, sin lugar a duda, hace más clara la necesidad de ayuda profesional y la posibilidad de que tanto hijos como padres la acepten de buen grado.

Existen otros problemas y contradicciones, sin embargo, mucho más sutiles, mucho más difíciles de identificar, y de ahí su interés e importancia. La dificultad para identificarlos resulta del hecho de que estos se reflejen en ciertas actitudes, o en ciertas conductas, encubiertas por una relación padre-hijo aparentemente buena, y por un ambiente familiar también aparentemente satisfactorio. Es a algunos de esos problemas y contradicciones a los que vamos a referirnos ahora.

En este sentido se pueden mencionar varios ejemplos: Recuerdo el caso de un joven adolescente que me fue referido para psicoterapia por conducta rebelde en la relación con sus padres. "Nada de mucha importancia", decían ellos. Esta forma de referirme al muchacho era no sólo interesante, sino que además reflejaba la presencia de una comunicación contradictoria en su relación en la casa. Si deseaban que el joven reci

biera ayuda entonces es de suponer que esto era importante para ellos. Pero al mismo tiempo, evidentemente ellos querían negarle importancia, o en todo caso hacerme sentir a mí que ellos no estaban muy preocupados, al mismo tiempo que mostraban su preocupación trayéndome a su hijo. Es evidente que esta forma de relacionarse y comunicarse conmigo era confusa y contradictoria. Su manera de referirme a su hijo me ponía en una situación de confusión y contradicción: debería yo, entonces, considerar y enfocar el problema como algo importante -a fin de cuentas ellos me habían traído a su hijo-, o debiera considerarlo como algo que "no era de mucha importancia", atendiendo así a lo que ellos decían. Conviene observar que esta forma de relacionarse tan contradictoria y a la vez tan sutil, era algo característico de su manera de relacionarse en la casa. En este caso en particular la rebeldía del joven era, en cierta forma, su manera de reaccionar ante estas contradicciones, a la vez que esta conducta rebelde le permitía comportarse y relacionarse también en forma contradictoria, alegando, por una parte, que las exigencias y las quejas de sus padres eran injustas, a la vez que se comportaba, simultáneamente, en una forma que provocaba las quejas y exigencias de sus padres.

Pensando en ejemplos de este tipo de conducta contradictoria, tan sutil a veces, que es difícil señalársela a la persona que se comunica de esta manera sobre todo porque a menudo estas contradicciones se encubren bajo manifestaciones de buena intención y cariño, estoy seguro que casi -

todos hemos podido observar lo que con frecuencia ocurre en tiendas de juguetes, en librerías, o en tiendas de ropa. A menudo podemos observar a una madre, o a un padre, que llegan con su hijo o hija, de nuevo sin importarnos su edad, a hacer compras. La madre, desea expresar su confianza en que su hijo o hija sabe escoger algo bonito, o de buen gusto, o útil, y le da libertad para que elija lo que quiere comprar: un juguete, un libro o una prenda de vestir. De esta forma le hace sentir que ella está ahí para acompañarle, para ayudarle o aconsejarle si es necesario, pero que, aparte de eso, la escogencia es suya. Una vez que el chico o la chica ha escogido algo de su gusto, observamos que con mucha frecuencia, la madre empieza, a veces, por admirar lo escogido, a veces por expresar dudas, para terminar señalando defectos en lo escogido, o descuidos en la atención que se le dió al objeto. Simultáneamente señala lo que ella hubiera comprado a la vez que explica las cualidades y ventajas que tal compra hubiera tenido. Varía la forma en que estas situaciones se solucionan. Algunas veces, cuando son los hijos los que ganan y hacen prevalecer su criterio -sea porque la madre los deja ganar, o sea - porque ellos amenazan con hacer un berrinche si no los dejan ganar- la madre explica luego a los otros miembros de la familia cómo su buen criterio, o buen gusto no fue tomado en cuenta. El niño, o niña, queda en una situación curiosa: queda agradecido, al haber ganado o al haber conseguido que lo dejaran ganar, que lo dejaran libre para escoger, a la vez que siente y percibe el reproche por no haber escogido aquello que su madre hubiese preferido. Por otra parte, si es la madre la que gana, el

niño de nuevo se encuentra en una situación curiosa. De nuevo queda agradecido por el regalo pero se siente frustrado porque se le dejó en libertad de escoger, pese a que se le invitó a hacerlo.

A lo largo de su desarrollo, todo individuo sigue un proceso de separación en el que las actitudes del niño y las de los padres tendrán que ir cambiando, de manera tal que los padres ayuden al niño a ganar mayor independencia, ayudándolo así a que llegue a ser él mismo. Así, por ejemplo, cuando al niño se le ayuda a sentarse, o se le estimula a pararse para caminar, y, más tarde, a aventurarse en el mundo de la escuela, se le está enseñando a ser él mismo, a ser un individuo. A su vez, las actitudes del niño tendrán que ir cambiando en el sentido de darle cada vez mayor importancia y valor a su propia independencia y autonomía. Este proceso de separación se hace más evidente durante el período de la adolescencia, donde tiene especiales implicaciones.

El período de la adolescencia, como es sabido se caracteriza por un esfuerzo, por parte del joven de ser independiente, de ejercitarse en la autoridad que tendrá como adulto, de sentirse capaz social y sexualmente, de formar un criterio y una ideología que le permita comprender su mundo social y físico, y el lugar que él ocupa en el mismo. En otras palabras el adolescente busca ganar un sentimiento de identidad que le permita una relación estable consigo mismo y con los demás, con el mundo. Esto implica, entre otras cosas, cambiar su sistema de valores del niño que ha sido,

por el del adulto que va a ser. Se aleja entonces de las figuras paternas, niega o rechaza su identificación con esas figuras y con los valores que ellas representan, y trata de ejercitar su propia independencia y autoridad. Busca ser él mismo, ser independiente; ya no quiere ser el "niño de alguien", ahora quiere ser un individuo distinto.

Con frecuencia la conducta de los adultos hacia el adolescente tiende a ser contradictoria. Se le trata a veces como al niño que ha sido y a veces, como al adulto que será, exigiéndole entonces mayor responsabilidad social. Esta contradicción se hace aún más evidente cuando los padres, por sus propias necesidades emocionales, temen esta separación y sienten que esta independencia significa falta de cariño o de amor para ellos. Su conducta, entonces, se afecta aún más, y mientras tratan de estimular al adolescente a que crezca, exigiéndole mayor responsabilidad social, también tratan de que no crezca, induciéndole a actitudes de dependencia, exigiéndole ser el niño que ha sido, castigando o desaprobando su independencia. Esta conducta comunica mensajes contradictorios al joven pues, por una parte se le pide que crezca, y por otra, que no deje de ser el niño que ha sido. Esto no solo confunde al adolescente, sino que además lo hace sentir que no se le comprende, que no se le respeta en su autonomía, lo que a su vez provoca resentimiento y rebeldía. En otros casos lo hace actuar en forma pasiva y dependiente, temeroso de la autoridad paterna y temerosos de perder cariño y apoyo si deja de ser el niño que ha sido.

Esta conducta contradictoria de los padres, también refleja su temor de no haber dado suficiente, su falta de confianza en la manera como han criado a su hijo, y los hace temer que no sabrá hacer uso de su independencia en forma responsable, que no sabrá hacer las cosas bien y que será inevitable el que se meta en problemas. Esta falta de confianza repercutirá en el adolescente, provocando rebeldía en unos, y haciendo sentirse incapaces a otros.

Igualmente importantes son otras contradicciones en la relación padre-hijo y en la comunicación familiar. Se le dice al adolescente, por ejemplo, que se le quiere, y a la vez no se toman en cuenta sus sentimientos o sus opiniones. Se le prohíbe algo, pero no se toma tiempo para conocer cómo se siente con la prohibición, ni se le acepta que la prohibición pueda provocar resentimiento o enojo. Se le dice que se le quiere, pero el cariño se expresa sólo mediante el ofrecimiento de comodidades materiales, dándole seguridad económica; pero no hay tiempo, tal vez ni interés, de convivir y participar juntos, de buscar la oportunidad de conocerse mejor y compartir sentimientos y fantasías. A menudo se dice que se conversa con el hijo, pero muy frecuentemente la conversación se reduce a un período de pregunta-respuesta, como si en efecto no tuvieran nada que decirse espontáneamente y no sintieran la seguridad de que ambos, padre e hijo, están mutuamente interesados. En otras ocasiones, la conversación se reduce a un "mira lo que yo creo, o lo que yo siento, o lo que yo deseo", más que en un compartir opiniones, sentimientos y deseos. De

igual manera, a menudo se le dice al adolescente que se le tiene confianza, pero se habla de él, de su conducta, de sus problemas, cuando él no está presente, como en secreto; y cuando él está presente, o se disimulan o se le dan indicaciones, pero no se comparten dudas y preocupaciones.

Es frecuente también que se le diga al adolescente, en una forma u otra, que él debe ser espontáneo, y a la vez se le indique que debe hacer las cosas que al adulto le gustan o satisfacen. En otras palabras, él puede ser espontáneo siempre y cuando su espontaneidad no contradiga los gustos y deseos del adulto. Un buen ejemplo en este sentido es el caso de una joven, de unos 13 años, quien se quejaba de no poderse relacionar bien con jóvenes del sexo opuesto. Había algo en su manera de ser, algo en su manera de conversar, que la hacía sentirse distanciante, fría, - **inhibida** para comportarse y participar de manera espontánea. En la casa le insistían en que debía ser espontánea y con este objeto le daban toda clase de consejos de lo que debía hacer. Así cada vez que se relacionaba con un compañero, con un joven, ella trataba de ser espontánea y trataba de no olvidarse de ninguno de los consejos que le habían dado. Pero aún así los resultados eran igualmente negativos. Que el resultado fuera negativo pese a los consejos de ser espontánea y de cómo debía relacionarse, no debiera considerarse raro o extraño. A fin de cuentas ella se encontraba en una situación difícil y confusa. Ella tenía que actuar espontáneamente sin ser espontánea. Esto es, para ser espontánea ella debía seguir las indicaciones que se le daban. Si las seguía, enton

ces no estaba actuando espontáneamente, y si no las seguía, estaba perdiendo la oportunidad de serlo, desatendiendo a los consejos que se le daban. A menudo se le insiste al joven en cómo debe comportarse, cómo debe hacer ciertas cosas y evitar otras, cuando es evidente que el adulto se comporta en forma totalmente opuesta. Es como si se le enseñara que lo importante es la forma, la apariencia externa, y no la convicción personal.

Podrían darse más ejemplos de este tipo de contradicciones. Lo importante sin embargo es señalar que en el grado en que la relación padre-hijo refleje este tipo de comunicación contradictoria, en ese mismo grado padres e hijos reaccionarán con tensión y problemas que afectarán la relación misma. Una frecuente solución es alejarse unos de otros, mantener una relación superficial, aparentemente buena y apropiada, que disimula deficiencias en la comunicación sin que esto, contradictoriamente, solucione los problemas.

Es evidente entonces que en tanto la relación padre-hijo refleje genuino interés y afecto, y permita una comunicación libre de contradicciones, el adolescente tendrá el apoyo y seguridad necesarios para aprender a ejercer su independencia responsablemente. No tendrá necesidad de destruir para poderse autoafirmar, no tendrá necesidad de rebelarse para ser independiente, no necesitará ser totalmente distinto para poder ser él mismo.

Lograr una relación como ésta, libre de contradicciones requiere que los diferentes miembros de la familia aprendan a verse y a respetarse como individuos y como personas diferentes entre sí. Es difícil, a veces, aceptar el hecho de que los diferentes miembros de la familia pueden pensar, o sentir, o comportarse de manera diferente, y respetar estas diferencias con la misma naturalidad con que se acepta que unos sean de un sexo y otros de otro, que unos sean de una edad y otros de otra. Muy a menudo se trata de esconder o de encubrir las diferencias de parecer, de opinión, de sentimientos, porque ser diferente podría significar ser no aceptado, ser rechazado o no querido. A su vez, el aceptar verse y relacionarse respetando su propia individualidad también significa la capacidad o la anuencia a respetar que en un momento dado puedan existir desacuerdos. Ocurre con frecuencia que los miembros de una familia tienden a negar o a esconder sus desacuerdos, sean éstos provocados por diferencias en opiniones o por diferencias en la forma de percibir o de relacionarse con algo o con alguien. Por otra parte, aceptar la individualidad de los demás, sus diferencias, y el hecho de que puedan existir desacuerdos sin que esto sea amenazante, implica que los diferentes miembros de la familia mantienen una comunicación abierta y explícita. Significa que todos y cada uno de los miembros de la familia se sienten libres de decir lo que perciben, o lo que sienten, o lo que piensan, a la vez que se permiten estar abiertamente en desacuerdo, sin irrespetar la individualidad de los otros miembros de la familia y el hecho mismo de que ellos también pueden ser diferentes.

Es en esta forma como el contexto familiar sirve de **modelo** y base, a la manera en que el individuo aprende a relacionarse satisfactoriamente consigo mismo y con los demás, asegurando la salud mental de la familia.